

te está en su «poema que se quisiera de cante jondo para ser cantado en nueva york», que dice «cuánto hubiera deseado ir a nueva york a escribir este poema»⁶ y recuerda la imagen de Lorca, quien además tiene una particularidad, pues estuvo ligado a la música, una música muy parecida a la de Macías, en la que encontramos motivos como la madre, la niñez y esa latente melancolía.

Buen uso de mi buen derecho, libro de madurez, madurez en la que se economizan recursos que conocíamos de sus obras anteriores, y los acompaña de una angustia lírica y una rítmica audaz con las que logra una de sus mejores obras: poemario que lo posiciona dentro la poesía de este siglo como el poeta veterano, el poeta que se consagra tanto en lo técnico como en lo lírico. Es el concierto de un hombre solitario con muchos amigos, que en un punto decisivo de su vida construye el que es posiblemente su mejor libro, haciendo buen uso de su buen derecho.

⁶ *Ibidem*, p. 71.

MORIR EN EL SILENCIO DE LAS CAMPANAS

CECILIA C. FRANCO RUIZ ESPARZA Y FELIPE RUIZ DE CHÁVEZ

Cómo escribir en la mejor tradición de la novela histórica

Martha Lilia Sandoval

Morir en el silencio de las campanas (Quintanilla Ediciones, 2020) es una novela histórica cuya línea de acción está ubicada en el Aguascalientes de los años de la guerra Cristera. Es el producto de varios años de investigación y trabajo de Cecilia C. Franco Ruiz Esparza y Felipe Ruiz de Chávez, quienes lograron la reconstrucción literaria e histórica de una etapa particularmente intensa y crucial para entender la identidad de los aguascalentenses, al mismo tiempo que consiguieron redactar una novela que puede seguir con interés cualquier lector.

Morir en el silencio de las campanas es un título que pone al lector frente a una fuerte expectativa. Desde este paratexto, la novela anuncia que sus protagonistas, un hombre y una mujer cuyas fotografías aparecen en la portada, podrían tener un destino infausto. Entre ambos, la imagen de la fachada del templo de San Marcos nos lleva casi de inmediato a la etapa de la suspensión de cultos.

Así, podemos entrar en los pormenores de una narración a dos manos en la que, con un estilo fresco y elegante, sin dejar de ser claro y sencillo, los autores desenredan la historia de un idilio entre Ignacio Ruiz de Chávez, (hijo de don Felipe Ruiz de Chávez, gobernador de Aguascalientes en 1897) y Lupe Ybarra Pedrosa. Este hilo conductor — que lleva de la mano al lector por trece capítulos que

se desglosan en apartados más breves— es una ficción literaria para presentarnos un corte de la historia de Aguascalientes y de los personajes que se destacaron en la conocida guerra Cristera. Todo dio inicio en mayo de 1926, cuando en la tenerría El Diamante, propiedad de Felipe Ruiz de Chávez, dos personajes se duelen de la entrada en vigor de la ley Calles, que prohibía la enseñanza religiosa en las escuelas y confiscaba las propiedades de las instituciones eclesiásticas. A partir de ahí empiezan a desfilar personajes tan conspicuos como Conchita Aguayo, maestra, enfermera y amiga de los intelectuales y los artistas de Aguascalientes, los sacerdotes Felipe Morones y Porfirio Ibarra, los obispos Juan Navarrete e Ignacio Valdespino. En las tertulias y reuniones de la ACJM y de los Caballeros de Colón se hacen comentarios retrospectivos respecto a Alberto Fuentes Dávila, quien gobernó Aguascalientes de manera arbitraria en la primera década del siglo XX; capítulos más adelante se recrea el motín de San Marcos, con su secuela de muertos, heridos y prisioneros políticos. Esto contextualiza la atmósfera tensa que se va acrecentando y que terminará por precipitar las acciones en ambos bandos. Por parte del gobierno posrevolucionario de Calles, la «Plutarca», se acentúan restricciones y agravios, y— como es sabido — por parte la Iglesia católica mexicana se procede a la suspensión de cultos. Con esta controvertida decisión se propicia la guerra armada.

El lector agradece que esta novela — ampliamente documentada — haya sido escrita con rigurosa imparcialidad y presente las dudas y los vacíos en torno al conflicto. A través de los personajes se analizan las decisiones controvertidas, se manifiestan los criterios diversos y se trata de profundizar en los misterios de personalidades como la de Joaquín Amaro, Secretario de Guerra y Marina de Calles, cuyas contradicciones existenciales se advierten en las cartas que su esposa, Elisa Izaguirre, dirigió a Conchita Aguayo, según la novela.

De manera magistral, la aproximación a esa historia política y social se complementa con una detallada y amorosa mirada a la vida cotidiana, ámbito en el que resplandecen los personajes femeninos, desde la «Mamá China», quien orientaba con perspicacia a la hora de elegir pareja, pues con una actitud desmitificadora del romanticismo decía a sus hijas que tuvieran presente que «los ángeles dan alazos y los diablos colazos»; hasta Mercedes Ibarra y su pensamiento abierto y avanzado: «Bienvenida a la modernidad, muchacha, siempre será mejor ser pelona que trenzona». Es un acierto que los autores aludan a personajes históricos como Pachita Tostado (Francisca Álvarez Tostado), tejedora invidente, catequista y promotora de la construcción del templo del Espíritu Santo. En fin, el mundo cotidiano de mujeres y hombres, de gente de clase alta, pero también de los peones, de miembros de la servidumbre y el pueblo está ampliamente recreado; de él, los autores recuperan rezos, dichos y refranes, canciones, poemas, recetas de cocina — como la famosa rosca alemana — del mismo modo que exponen las pláticas y reflexiones de los personajes femeninos, cuyas máximas eran: «leer para tener criterio y actuar en consecuencia» y argumentaban sobre conquistar



Cecilia C. Franco Ruiz Esparza y Felipe Ruiz de Chávez, *Morir en el silencio de las campanas*, Quintanilla ediciones, Saltillo, 2020

derechos como el voto. Asimismo, la narración alude a mujeres que sanaban el cuerpo y el alma con su gran sabiduría ancestral. Como culminación, la narradora deja caer esta perla que sintetiza un momento que si bien no es de liberación sí es antesala de un proceso de identificación femenina:

Todas las mujeres casadas que conocía buscaban una forma de dispersarse del barullo de la casa. Unas se refugiaban en la cocina por la tarde a hornear galletas o pasteles o a preparar dulces, otras salían de visita, algunas rezaban el rosario en el templo o realizaban obras pías; otras más invitaban a las amigas a bordar, a tejer o a deshilar. Era como si crearan sus propios jardines, como si inventaran un oasis de deleite en medio de la monotonía de la vida cotidiana (p. 428).

La novela cierra con dos epílogos. En el primero se resume la situación política y social de México después de abril de 1927, cuando se dieron los acuerdos entre la Iglesia y el Estado para el cese de la guerra. El segundo presenta unas breves semblanzas sobre los participantes en estos hechos históricos. En fin, *Morir en el silencio de las campanas* es una lectura que se disfruta a varios niveles. En el ámbito de la historia romántica de los personajes protagónicos, el suspenso se mantiene hasta la última página; en cuanto a la recreación histórica, quedamos convencidos de la imparcialidad y amplio criterio de los autores, de su capacidad para recrear los grandes acontecimientos, sin olvidar a los sencillos e indispensables personajes de la vida cotidiana.